

Feminismo transnacional o feminismo global: autoritarismo, poder y pluralidad

María José Guerra

Los análisis feministas necesitan abordar el cambio global, y el futuro global necesita de la perspectiva de género.

Sylvia Walby¹

En los últimos años, parecen proliferar los balances sobre la situación del feminismo como movimiento social en las agitadas coordenadas históricas y geopolíticas en las que vivimos². El contexto de la globalización neoliberal y sus efectos empobrecedores en las poblaciones del Sur del planeta, de un lado, y, del otro, la polarización Occidente-Oriente promovida por la llamada «guerra contra el terrorismo», paralela al auge de los fundamentalismos en Estados Unidos y el mundo árabe-islámico, son dos de los asuntos más acuciantes para una redefinición del feminismo con alcance mundial. Tal como señala Christine Sylvester, el territorio de las relaciones internacionales ha invisibilizado tradicionalmente a las mujeres y se ha configurado desde una mirada androcéntrica³. Las guerras y la globalización económica afectan de manera prioritaria a las mujeres, pero en los análisis que se vocean tanto en los medios de comunicación como en los académicos, las mujeres suelen estar ausentes. Con la salvedad de la discutida cuestión de los derechos de las mujeres afganas⁴, y la utilización que de tal asunto hizo la administración Bush para apoyar su intervención militar, las reuniones de los poderosos del mundo obvian a las mujeres. A esta luz, es interesante notar el

¹ «Gender, globalization and democracy», *Gender and Development*, 8, 1, 2000.

² M. Nussbaum, «Public Philosophy and International Feminism», *Ethics*, 108, 1998. C. T. Mohanty, «Under Western Eyes: Revisited: Feminist Solidarity through Anticapitalist Struggles», *Signs*, 28, 2, 2003. N. Fraser y N. Naples, «To interpret the World and to change it: An interview with Nancy Fraser», *Signs*, 29, n. 4, 2004. N. Fraser, «Mapping the Feminist Imagination: From Redistribution to Recognition to Representation», *Constellations*, 12, 3, 2005.

³ *Feminist International Relations. An unfinished journey*, Cambridge University Press, 2002.

⁴ Señalo dos páginas web donde se puede rastrear este tema: <http://www.law-lib.utoronto.ca/Diana/afghanwomen.htm>; http://www.peuplesmonde.com/article.php3?id_article=269.

descontento con la formulación de los mismos Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU⁵ desde organizaciones de base de mujeres de todo el mundo⁶. Tanto las activistas como las teóricas señalan el estrechamiento del objetivo número tres («promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer»), el cual, enfocado fundamentalmente en la extensión de la educación a las niñas y jóvenes⁷, en el acceso al trabajo remunerado y en el incremento de la representación política de las mujeres, olvida en gran medida los compromisos alcanzados en Beijing —especialmente, en lo que se refiere a los derechos reproductivos, violencia contra las mujeres y lucha contra leyes injustas—. En palabras de Naila Kaaber, «las desigualdades de género son multidimensionales y no pueden ser reducidas a un conjunto de prioridades únicas e universalmente consensuadas»⁸. Esta autora desconfía igualmente del dirigismo que preside la formulación de los objetivos, dado que no se detecta la voluntad de que sean las propias mujeres quienes protagonicen, en cada lugar del mundo, el diseño de las políticas destinadas a combatir la injusticia de género. También se plantea que no existen mecanismos, ni se prevé proponerlos, para garantizar la responsabilidad de los agentes implicados, ya sean ONGs, gobiernos o corporaciones privadas: «Las visiones y los valores de las organizaciones y grupos de mujeres en todo el mundo han sido traducidos a una serie de metas técnicas, para ser implementadas principalmente por los mismos actores e instituciones que han bloqueado su realización en el pasado».

Carol Barton abunda en la misma dirección, pero poniendo aún más el dedo en la llaga: «no está claro que los objetivos de desarrollo del milenio puedan ser logrados sin cuestionar los modelos de desarrollo que promueven el crecimiento económico desde visiones neoliberales que están en contradicción con los principios de los derechos humanos»⁹. Desde su punto de vista, ampliamente compartido por las organizaciones de mujeres, la formulación de los objetivos minimiza el alcance de la justicia de género y asume como marco el consenso de Washington sobre política macroeconómica, el cual «ha incrementado la pobreza, particularmente para las mujeres, y oscurecido el marco de los derechos humanos al que se debía la Declaración del Milenio». Como consecuencia de lo anterior, una gran mayoría de grupos de mujeres han elegido «situarse en los márgenes»¹⁰. Un ejemplo del situar-

⁵ Cf. <http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/>

⁶ Una distinción en la que no puedo entrar en este artículo remite a las diferencias entre feminismo y movimientos u organizaciones de mujeres. La visión más prometedora de este asunto se plantea en términos dinámicos de convergencias y divergencias dependiendo de los cambiantes contextos. No obstante, la transversalidad de la perspectiva de género en todo movimiento social o institución es un hecho incuestionable. «Al enfatizar que todos los movimientos de mujeres están enraizados en estructuras generizadas de opresión y de oportunidad, ponemos de manifiesto que tales movimientos tienen alguna relación real o potencial con el feminismo, tanto si éste es una meta para ellos como si no». Cf. M. Marx Feree, «Feminist and the women's movement: a global perspective», en D. A. Snow, S. A. Soule y H.P. Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movement*, Blackwell, 2003. La autora demanda una perspectiva comparativa, histórica y transnacional para enfrentar este asunto.

⁷ M. Nussbaum, «Women's Education: A Global Challenge», *Signs*, 29, 2, 2004, pp. 325-355.

⁸ N. Kaaber, «Gender equality and women's empowerment: a critical analysis of the Third Millennium Development Goals», en C. Sweetman (ed.), *Gender and the Millennium Development Goals*, Oxfam, 2005.

⁹ «With complicated questions like these, it is not clear that the MDGs could be achieved without questioning growth driven models of development – neo-liberal visions of development at odds with the principles of human rights.» Cf. <http://topics.developmentgateway.org/gender/highlights/showMore.do>

¹⁰ C. Barton, «Where to for women's movements and the MDGs?», en C. Sweetman (ed.), *Gender and the Millennium Development Goals*, Oxfam, 2005, p. 25.

se en los márgenes de forma crítica lo encontramos en WEDO (*Women's Environment and Development Organization*), una organización transnacional que ha elaborado el informe *Beijing Betrayed*, en el que se desgrana cómo los gobiernos han fracasado estrepitosamente al no seguir las directrices emanadas de la agenda acordada en Beijing en 1995. «Los gobiernos en el mundo entero han adoptado un acercamiento parcial y cuantitativo hacia la implementación que no puede operar la transformación política, social y económica subyacente a las promesas y a la visión de Beijing.»

La militarización creciente tras el 11 de septiembre, las medidas neoliberales que arruinan el sector público y dejan especialmente desprotegidas a las mujeres y el avance, en todo el mundo, de los fundamentalismos suponen, volvemos a repetir, un contexto nada propicio para el avance de los derechos de las mujeres. En este contexto sumamente hostil, el objetivo de la igualdad de los sexos y del empoderamiento de las mujeres parece a todas luces impracticable. Frente a la retórica bien intencionada, pero falaz, de la Declaración del Milenio, las organizaciones de mujeres de todo el mundo piden volver a la Declaración de Beijing como documento irrenunciable de la agenda del feminismo global. A esta luz, se reafirma la necesidad de realizar «un serio examen de los obstáculos» a los derechos de las mujeres en el contexto de la globalización neoliberal.

Después de leer *Beijing traicionada*, nadie puede negar que en los últimos diez años se ha generado una progresiva red de organizaciones feministas¹¹ y de mujeres en todo el mundo que tiene como objetivo común no retroceder a una situación anterior a lo que Beijing supuso como toma de conciencia mundial del feminismo. No obstante, no podemos despreciar ni las tensiones ni los desacuerdos que la transnacionalización del feminismo ha creado sumándose al emergente marco de la opinión pública global. En la historia reciente, práctica y teórica, del feminismo se advierten las tensiones a la hora de lograr consensos operativos, cuando se entretienen la lucha por los derechos con las demandas de respeto a las diferencias en un contexto estructural de desigualdades (Norte/Sur, clase, raza, orientación sexual, cultura, etc.). La transnacionalización del feminismo en los últimos tiempos está igualmente aquejada de contradicciones que yo me atrevería a diagnosticar como creativas en el sentido de aguzar la necesaria autocrítica de la teoría y de la práctica de un dinámico y autocrítico movimiento social. En este marco, lo interesante es atender a cómo la interpretación de las luchas políticas del presente impulsa un debate sumamente vivo motivado siempre por asegurar la inclusividad, la igualdad y la justicia en el interior del movimiento y en sus propuestas a la agenda política mundial. La paradoja es que las posiciones que cuestionan los planteamientos «universales» o «globales» lo hacen porque éstos son, a menudo, presas fáciles para la apropiación tendenciosa por parte de minorías situadas en lugares privilegiados para designar y definir a los «otros» y «otras» al margen de su experiencia, privándoles de voz y participación. Las autoras que objetan el punto de vista feminista global sospechan de la enunciación parcial y situada que no reconoce su limitación. La normatividad del universal es

¹¹ Este asunto, la práctica de la creación y mantenimiento de redes transnacionales (*networking*), es por sí mismo apasionante. Cf. V. M. Moghadam, «Transnational Feminist Network. Collective Action in an Era of Globalization», *International Sociology*, 15, 1, 2000, pp. 57-85.

recusada por no serlo efectivamente y acabar violentando siempre a aquellos que no pueden enunciar su subalternidad. La paradoja del universal, que no es nunca suficientemente inclusivo o «interactivo», siguiendo la propuesta de Seyla Benhabib, nos persigue y es el motor de la lucha por la inclusión feminista de las realidades y pensamientos de todas las mujeres dando cuenta de las diferencias de poder así como de la diversidad de localizaciones. Desde mi perspectiva comunicativa¹², me propongo abordar algunas de las tensiones actuales provocadas por esta paradoja autorrecurrente del universal objetado por no acoger afablemente a la pluralidad de las mujeres del mundo y a sus demandas de reconocimiento y justicia. Uno de los frentes de lucha abierto hoy desafía la apropiación del citado universal por parte del feminismo occidental, adjetivado además de liberal y humanista, cuya representante señera es Martha Nussbaum.

Podemos interpretar, en consecuencia, que las tensiones en torno a cómo definir el feminismo en la actual coyuntura histórica como internacional, global o transnacional es un paso más en la espiral crítica que define a la teoría feminista contemporánea, y a su compromiso con la práctica ahora *glocalizada*, en una nueva operación recontextualizadora –*reframing* es el término que utiliza Nancy Fraser¹³. Frente a la globalización neoliberal tan nociva para las mujeres, especialmente las que viven en el Sur global¹⁴, la dinámica del reconocimiento de las diferencias y la lucha contra las desigualdades se tensa como vamos a ver a continuación en diferentes direcciones. Apuntaremos tan sólo algunos de sus capítulos, sin pretender agotar un tema tan vivo y polémico que nos proponemos seguir estudiando. En primer lugar, atenderé a la centralidad del tópico del «desarrollo de las mujeres», que, para muchas autoras y activistas, supone canonizar la visión feminista liberal como la única «correcta y buena». La falta de compromiso de esta visión respecto de la globalización neoliberal y sus negativas, o al menos ambivalentes, consecuencias para las mujeres del Sur va a ser señalada, así como su miopía para visualizar las estructuras de opresión social. En los últimos años, Martha Nussbaum ha sido sensible a esta crítica y se ha esforzado por proponer un modelo de responsabilidades globales¹⁵. No obstante, pese a su esfuerzo por responder a todas las críticas, la acusación de autoritarismo que le lanzan las propuestas feministas dialógicas y postcoloniales, que son conscientes de los diferenciales de poder a la hora de enunciar y definir la agenda del feminismo mundial, y que se alimentan de la deriva crítica de la misma teoría feminista contemporánea, puede mantenerse para su propuesta de las capacidades. En segundo lugar, la lucha por la denominación mundialista del movimiento feminista en la nueva sociedad civil global refleja también interesantes tensiones y

¹² Soy deudora de las contribuciones en la década de los noventa de N. Fraser, S. Benhabib, I. M. Young y, entre nosotras, de Celia Amorós, para establecer un marco comunicativo sensible a las asimetrías de poder y a las desigualdades sociales y discursivas.

¹³ «Re-framing Justice in a Globalizing World», *Anales de la Cátedra Francisco de Suárez*, número extraordinario, 2005, pp. 85-100.

¹⁴ Corrijo esta afirmación con un dato generacional. Las mujeres jóvenes de los países desarrollados se ven abocadas al nuevo mal neoliberal que es la precariedad. Cf. Eskalera Karakola, *A la deriva por los circuitos de la precariedad*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003. Las mujeres, en general, y sobre todo las ancianas sufren los recortes del Estado del Bienestar que el neoliberalismo está desmantelando.

¹⁵ «Beyond the Social Contract: Capabilities and Global Justice», *Oxford Development Studies*, 32, 1, 2004.

objeta, en sintonía con lo anterior, la posibilidad de una sola voz feminista denunciando su componente autoritario. La insatisfacción con el universalismo, que al mismo tiempo puede ser el motor de más y más inclusividad, se modula en estos asuntos de diversas maneras con el objetivo siempre de que la normatividad universal no imponga una antropología normalizadora —la mujer «desarrollada» occidental—, cómplice con las asimetrías unilaterales, en lo económico y en lo cultural, que enfrentan al Norte y al Sur del planeta. Las demandas de acogida de la pluralidad, sin desestimar los diferenciales de poder, deben ser las guías del pensamiento feminista transnacional. Nada ajeno por otra parte a la tradición crítica y comunicativa del feminismo en la que algunas autoras, sin embargo, no se reconocen.

I. ¿QUIÉN TEME A MARTHA NUSSBAUM? SOSPECHAS FEMINISTAS ANTE LA RECIENTE HEGEMONÍA DEL PARADIGMA DEL DESARROLLO HUMANO

Uno de los puntos calientes del actual debate sobre el feminismo global y su posible convivencia con el imperialismo económico y cultural occidental es precisamente todo lo que gira en torno al tópico del «desarrollo de las mujeres» que, sobre todo, tras la publicación en el año 2000 del libro de Martha Nussbaum *Women and Human Development*, se ha convertido en piedra de toque de un agrio debate en el que se vuelve a objetar la visión hegemónica de las feministas occidentales sobre lo que deben hacer las mujeres del Sur para «desarrollarse»¹⁶. Vistas con perspectiva, nadie puede dudar que las redefiniciones de Amartya Sen y de M. Nussbaum respecto a cómo entender el desarrollo —sumándole el adjetivo de humano— han sido cruciales y revolucionarias, dada la obsesión de la anterior teoría del desarrollo con el mero crecimiento económico. Humanizar la economía y entenderla al servicio de los individuos concretos y el desarrollo de sus capacidades ha sido un elemento fundamental para subvertir el reduccionismo economicista y replantear las estrategias socioeconómicas y sus finalidades. No obstante, un importante sector crítico desconfía de la supuesta coherencia del «entorno» del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en el que Sen y Nussbaum han desarrollado sus propuestas, por no diagnosticar adecuadamente los procesos de globalización neoliberal que generan más y más pobreza, explotación laboral y/o exclusión. Los enfoques críticos al desarrollo y los defensores del postdesarrollo forman un frente plural de discusión sobre la hegemonía de los discursos oficiales de la ONU, los cuales, como apuntábamos al principio siguiendo las observaciones de Carol Barton, no se pronuncian sobre el consenso de Washington sobre política macroeconómica —el principal genera-

¹⁶ Desde 1999, a partir de una reseña de las obras de Judith Butler que hizo para *The New Republic*, Nussbaum ha concitado la denuncia de autoritarismo por parte de numerosas e importantes teóricas (Spivak, Benhabib, Fraser, Nicholson, Cornell y Murphy, entre otras) al ofrecer su feminismo humanista y liberal como el único «bueno y correcto», el único que afronta la provisión de la base material de las capacidades de las mujeres del Tercer Mundo (Cf. «The Professor of Parody», *The New Republic*, February 22, 1999, pp. 43-45). Las feministas de la teoría crítica y de la teoría postcolonial objetan su apropiación unívoca del feminismo.

dor de pobreza, dada la acumulación ilimitada de riqueza que permite en manos de las corporaciones transnacionales¹⁷—.

En el ámbito feminista, Nussbaum es especialmente criticada por señalar sólo los obstáculos locales, religiosos y culturales a la autonomía de las mujeres. Sus textos se han desentendido, hasta hace poco, de los impedimentos globales que configuran una economía interconectada que excluye y empobrece a los habitantes del Sur global. La globalización neoliberal es, además, especialmente lesiva para las mujeres, sumando nuevas servidumbres a las viejas¹⁸. Tras el Informe sobre Desarrollo Humano de 1995 en el que se introdujeron indicadores sensibles al género, los siguientes Informes han seguido manteniendo el Indicador de Desarrollo Humano (IDH) como hegemónico, cuando muy bien se podría tener una lectura generizada de las realidades de los países con el Índice de Desarrollo relativo al género (IDG) o con las mediciones del empoderamiento de género. La lectura generizada de los datos queda, así, relegada a un segundo o tercer plano. Las críticas también inciden en la falta de representatividad de los comités de expertos formados mayoritariamente por varones e instan a lo siguiente:

Para el futuro, en vez de publicar los Informes sobre Desarrollo Humano, el PNUD debería publicar el «Informe sobre Globalización y desigualdad de género» para revisar y evaluar el impacto de la globalización sobre el género, la raza, la clase social o la pobreza. Es importante reconocer que el programa de la globalización es incrementar la desigualdad de género y la diferenciación de clase. Los económicamente ricos, aunque una pequeña minoría, cada vez son más ricos mientras que lo contrario les ocurre a los pobres. De acuerdo con el Informe de Desarrollo Humano de 1997, en los pasados siete años, desde 1990, el número de billonarios en dólares se ha triplicado de 157 a 447¹⁹.

Existe, en suma, un creciente malestar en amplios sectores del feminismo, ante la hegemonía «oficial» lograda por los planteamientos de Martha Nussbaum, y, también, aunque en menor medida, de la ya fallecida Susan Moller Okin²⁰ y su recusación del multiculturalismo. Un importante sector del feminismo teórico crítico considera insuficientes las redefiniciones del liberalismo de estas autoras que no incorporan en la medida suficiente el legado de la pluralización de la teoría feminista contemporánea. En un tentativo ensayo voy a enumerar algunas de las críticas más recurrentes a la entronización del liberalismo como referente único del feminismo llamado «global»:

— En primer lugar, Sen y Nussbaum, como ya avanzábamos, no afrontan las implicaciones sociales de la globalización neoliberal y prefieren poner de manifiesto los obstáculos «locales» al desarrollo. En concreto, los discursos del desarrollo humano no atienden a la necesidad de analizar los efectos de las políticas

¹⁷ V. Shiva, «New Emperors, old clothes. Anyone serious about making poverty history needs to understand where poverty actually comes and what it really is», *The Ecologist*, July/August 2005, pp. 22-23.

¹⁸ R. Cobo, «Globalización y nuevas servidumbres de las mujeres», puede consultarse en www.mujeresenred.net/iberoamericanas/article.php3?id_article=17.

¹⁹ S. Ramji, «Globalization and Gender Inequality», *The Peak*, 26, July 1997.

²⁰ M. Kate Smith, «Is Western Liberal Feminism Bad for Women?», *Labyrinth*, 3, Winter 2001. <http://labyrinth.iaf.ac.at/2001/Smith.html>

neoliberales sobre las mujeres, como por ejemplo, el tremendo efecto de la privatización de los servicios públicos (educación, salud, pensiones, etc.). Una contradicción que creemos detectar en las últimas respuestas de Nussbaum a las críticas es su aferramiento a la responsabilidad prioritaria de los Estados-nación, salvaguardando su soberanía, para proveer el desarrollo de las capacidades de sus habitantes. Nussbaum no cae suficientemente en la cuenta de que el marco neoliberal debilita la capacidad de acción de los Estados nacionales. Nos parece, además, que el «desarrollo» es una idea que nació en un marco keynesiano en el que se resaltaba la importancia del sector público, el marco neoliberal debilita a gobiernos e instituciones que deben ser los impulsores del cambio social²¹.

— En segundo lugar, frente a la riqueza teórica y política del feminismo plural, la hegemonía del planteamiento de Nussbaum en las burocracias de la ONU parece santificar la visión liberal del feminismo como la del «feminismo global». Es revelador que los tres criterios elegidos por los Objetivos del Milenio coinciden con la agenda sufragista: educación para las niñas, acceso al mundo del trabajo y representación política. Las críticas que hemos visto a este planteamiento se alarman ante la desaparición de la agenda socialista y radical del feminismo occidental y no occidental que luchan, la primera, contra la explotación económica (que en el Tercer Mundo tiene tintes neoimperialistas), y la segunda, a favor de la libertad sexual y reproductiva de la mujer. Mi opinión al respecto es la de apostar por que las tres agendas estén vigentes y vivas al mismo tiempo, alimentando las prioridades de la lucha feminista a la vez que redefiniéndose y reinterpretándose desde los contextos locales para establecer en cada momento las prioridades. Una de las preguntas a contestar es si la lista de las capacidades de Nussbaum recoge la riqueza y la pluralidad de la misma tradición feminista. Mi impresión es que no, que su discurso ha tenido tanta aceptación, no sólo por ir atado al de Sen, una autoridad masculina indiscutible, sino por alimentarse de la tradición filosófica occidental en la que su más notable referente feminista es Stuart Mill. A este respecto, las preferencias que muestra nuestra autora son: la discusión con la tradición contractualista, para volver, en un último giro, a las intuiciones del «derecho natural»; la inspiración aristotélica sobre la vida buena; el dato ineludible de la dignidad humana que postuló Kant; y algunos motivos de las reflexiones antropológicas de Marx. Por otra parte, las referencias feministas preferidas de Nussbaum son C. Mckinnon y A. Dworkin, dos de las autoras más polémicas y que tensaron en los ochenta el feminismo norteamericano en torno a la cuestión de la pornografía con una irresponsable alianza con la derecha de Reagan²². La definición del feminismo como un humanismo, sin más aportación que lo que da de sí en flexibilidad y autocrítica la tradición liberal, no es para muchas autoras una definición adecuada. La señal de alarma que da Carol Quillen es la necesidad de contar con otros análisis para detectar las implicaciones del feminismo occidental (geopolíticamente situado en su gran mayoría

²¹ «The only universal prescription is that it takes strong, able, public spirited, far-sighted, enlightened and committed governments to forge the institutions and adopt the policies appropriate to each development phase and engineer the substitutions and transitions...» Irma Adelman and Cynthia Taft Morris, «Development History and its Implications for Development Theory», en *World Development*, 25, 6, 1997, p. 837.

²² R. Osborne, *La construcción sexual de la realidad*. Madrid, Cátedra, 2003.

en los Estados Unidos), con estructuras de opresión relativas a «la raza, clase y a los legados globales del colonialismo»²³. Especialmente activa contra Nussbaum se manifiestan los feminismos postcoloniales que Quillen repasa en parte. A su versión de cosmopolitismo, se le enfrentan otras visiones desde el Sur, y desde lo que se ha dado en llamar el «*border-thinking*», sobre la ausencia del factor histórico en su propio pensamiento: el colonialismo y el imperialismo estadounidense correspondientes a los 50 años del paradigma del desarrollo, tras el famoso discurso de Truman, quedan en la penumbra. Asimismo, las responsabilidades occidentales en la creación del Tercer Mundo y sus estructuras económicas se eluden.

— En tercer lugar, y conectado con lo anterior, se detecta un giro peligroso en la visión canónica de la mujer del Tercer Mundo. A decir de Uma Narayan habríamos pasado de ver a la mujer «subdesarrollada» como una víctima a verla como una heroína²⁴: devolviendo puntualmente los microcréditos, a partir de actividades ligadas al sector informal de la economía —el más precario y vulnerable—, y, además, haciéndose cargo de los múltiples programas comunitarios, ambientales²⁵ y de salud, diseñados por los planificadores del desarrollo para fomentar el empoderamiento y la agencia de las mujeres. ¡Demasiado trabajo, otra vez, para las mujeres!

— En cuarto lugar, sectores críticos más pegados a la práctica señalan que muchas iniciativas del desarrollo humano chocan con las estructuras económicas y políticas *glocales*, quedando así desvirtuadas. Los aspectos fundamentales de la propiedad de la tierra y los recursos, y la capacidad real de toma de decisiones quedan sin abordar. A esto se suma una emergente crítica a cómo los modelos participativos de desarrollo —que serían menos dirigistas y autoritarios— fomentan la despolitización de la pobreza y de situaciones de explotación y sometimiento locales y globales. Las receptoras de la ayuda al desarrollo se ven privadas de demandar a sus Estados y a la comunidad internacional sus derechos como ciudadanas *glocales*. Los donantes, ya sean agencias del desarrollo de otros países u ONGs, tienen el privilegio de señalar las prioridades²⁶.

— Por último, se percibe una gran desconfianza hacia la consagración del individualismo liberal en varios sentidos: en primer lugar, se sospecha que las capacidades y el funcionamiento alentado son precisamente aquellos que resultan más aptos para actuar como agente racional en el mercado —los valores de la cultura tradicional no mercantilizados (propiedad comunal, redes de ayuda mutua, etc.) quedarían definidos como lo «irracional»—; en segundo lugar, se resalta, frente al protagonismo de lo individual, el peso de las comunidades de vida (originarias o de elección) que no necesariamente tienen que ser lesivas con los derechos de los individuos. Este último punto supone una reformulación de la controversia comunitarismo-liberalismo en el seno del feminismo, ligada a la comprensión contextual situada y relacional de la capacidad de acción de las mujeres. No obstante, Quillen sintetiza la objeción feminista de más calado:

²³ C. Quillen, «Feminist Theory, Justice and the Lure of the Human», *Signs*, 27, 1, p. 88.

²⁴ «Colonialism, gender, informal sector work and issues of social justice», *Law and justice in a global society*, *Anales de la Cátedra Francisco de Suárez* (número extraordinario), 2005, pp. 321-346.

²⁵ M. J. Guerra y A. Hernández Piñero, «Mujeres, desarrollo y medioambiente: hacia una teoría ecofeminista de la justicia», *Isegoría*, 32, 2005.

²⁶ El riesgo de la despolitización ha sido planteado por Alison Jaggar.

La falta de atención de Nussbaum aquí a la constitución de las personas humanas como sí mismos mina su capacidad para analizar los mecanismos existentes de diferenciación y opresión, anulando así sus objetivos emancipatorios. Su proyecto de hacer un humanismo liberal internacional y feminista no puede tener éxito. De hecho, una de las consecuencias de su compromiso con el humanismo liberal es que el feminismo como un modo de análisis distinto para analizar a las mujeres y al género parece teóricamente innecesario²⁷.

Iris Young, en su libro del año 90, ya había mostrado esta limitación del liberalismo que, con sus «gafas» de ver sólo individuos, se pierde la visión social de los grupos heterodesignados y de los mecanismos que los oprimen. En su respuesta a Quillen, Nussbaum propone su propia revisión de la psicología del liberalismo incidiendo en un modelo de sujeto interdependiente y relacional que ella ha detectado en la literatura y en la teoría de las relaciones objetales de Nancy Chodorow. Sin embargo, en este punto ignora la larga crítica que a los modelos de subjetividad masculinizada —a la falaz antropología normativa del androcentrismo— ha dedicado el feminismo, a la vez que no atiende a las complejas relaciones de opresión que organizan la vida social. Nussbaum contraataca en su réplica y considera, también, desacertada la acusación de que no aprecia suficientemente lo concreto y lo contextual, y para ello vuelve a las polémicas narrativas sobre las mujeres indias que inician *Women and Development*. Su propuesta, dada la famosa lista de capacidades, es que ésta sea trabajada en los contextos para adecuarla a las condiciones locales. En suma, aunque valoramos la densidad que Nussbaum ha encontrado en el recurso narrativo de las historias de casos y sus interesantes visiones de las emociones y la imaginación para salvar de la inanición a la psicología moral de la tradición liberal, no encontramos que el mismo recurso narrativo sea aplicado a las situaciones de opresión que también pueden historiarse, si visibilizamos colectivos humanos, para dar cuenta de cómo se han creado, en lo material y en la representación, las estructuras relativas al género, la raza, la cultura o la clase.

No hay, tampoco, referencia alguna a cómo la globalización neoliberal ha creado la situación de la que dan cuenta los datos de los Informes sobre el Desarrollo Humano. Se parte de los datos y ya está. Al considerar el terreno de las relaciones internacionales se objetan las limitaciones del modelo rawlsiano de *The Law of People*, condenando la excesiva tolerancia de Rawls hacia las sociedades que no respetan los derechos humanos. A este respecto, Nussbaum se ha mostrado crítica con las situaciones de Abu Ghraib y Guantánamo, criticando la mirada estadounidense sobre el resto del mundo en los hobbesianos términos de «poder desnudo y fuerza», en términos de mera «seguridad nacional», y ha puesto de manifiesto lo injustificado de la intervención de Bush en Irak²⁸.

Su planteamiento más reciente reafirma la organización cosmopolita de la sociedad internacional, ya que sólo el cosmopolitismo daría lugar a una globali-

²⁷ C. Quillen, *op. cit.*, p. 100.

²⁸ «The Bush Gov. is Turning the War against Terrorism into a Cold War. An Interview with Martha Nussbaum», *Indian Express*, January 30, 2003. «Quicksand: Denying Foes their Humanity», *Chicago Tribune*, May 16, 2004.

zación «sana», que se sostenga sobre una concepción mínima de justicia social relativa a la producción de determinados resultados a partir de la provisión para el desarrollo de las capacidades. Al implicarse en el debate sobre la justicia y las responsabilidades globales, propone otra lista de diez puntos en la que se asignan éstas a determinados actores: los Estados-nación pobres y prósperos —éstos deben aportar a los primeros un 1% del PIB— y las corporaciones multinacionales —que tienen que sumar a la lógica del beneficio la de la «caridad», que en USA ejercen financiando, por ejemplo, las universidades, en un nuevo concepto de «hacer negocios decentemente»²⁹—. Sus ideas sobre los deberes de las corporaciones recrean la idea de la responsabilidad social y ambiental corporativa, a la vez que considera mal informados éticamente las políticas económicas del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial del Comercio. Nussbaum anima a la cada vez más poderosa esfera pública global a que proponga una mínima estructura de gobernanza global con un tribunal internacional de justicia para tratar las violaciones de los derechos humanos, poderes para implementar medidas ambientales globales, estándares para las condiciones laborales, impuestos sobre las corporaciones y los países prósperos, etc. En definitiva, se aboga por una mayor coordinación entre los sistemas legales y judiciales de todos los países³⁰. Los últimos cuatro puntos de la lista postulan: la atención a los desfavorecidos en cada nación y región —aquí es donde pone como ejemplo a las mujeres—; el cuidado de las personas en situaciones de dependencia —ancianos, enfermos y discapacitados—, teniendo cuidado de decir que esta responsabilidad no puede recaer sólo sobre los hombros de las mujeres; la protección de la familia como institución compatible con los derechos de los individuos, pero bajo la supervisión de la ley para evitar la situaciones de opresión de niñas y mujeres; y, finalmente, el énfasis en la necesidad de la educación, que es una de las llaves para abrir la caja de posibilidades que es el desarrollo de las capacidades. Todo esto al servicio de una «sociedad global decente»³¹. Nos tememos que en esta revisión de los desfavorecidos, las mujeres se diluyan en otras categorías como aducía Quillen, porque Nussbaum parece perder de vista el género como factor estructurante de la realidad social.

La propuesta de Nussbaum es la de moralizar la globalización, pero sin objetar la inevitabilidad del modelo económico que la sostiene. Sus buenas intenciones se traducen en aquella proclama de los socialistas utópicos para convencer a los empresarios de que mejoraran las condiciones de vida de sus obreros gracias a las buenas razones.

²⁹ M. Nussbaum, «Beyond the Social Contract:...», *op. cit.*, p. 16.

³⁰ Con gran pesimismo encontramos una valoración de esta perspectiva en F. Laporta, «Globalización e imperio de la ley. Un texto provisional para el debate con algunas dudas y perplejidades de un viejo westfaliano», en *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, *op. cit.*, pp. 231-253.

³¹ Los textos que venimos comentando ahora han aparecido recientemente en forma de libro. Cf. *Frontiers of Justice: Disability, Nationality, Species Membership* (The Tanner Lectures on Human Values), Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005.

II. LA VOZ DE LAS MUJERES: MATERIALIDAD Y EMERGENCIA COLECTIVA

Martha Nussbaum, en su incansable defensa de su versión de la teoría de las capacidades, sigue creyéndose con la autoridad moral y teórica de definir lo que es bueno para las mujeres del Tercer Mundo. Su visión monológica desafía el proceso de autoconstitución de una conciencia feminista transnacional fraguada en el intercambio y la discusión de visiones muy diferentes, que siempre ha apostado por la inclusión y la producción intercultural, sin caer en la ingenuidad de no reconocer los diferenciales de poder para simplemente decir y enunciar. El postular «apliquen mi lista en sus contextos» se recibe con no disimulado malestar y se reeditan así los fantasmas de la supuesta superioridad occidental en el concierto del feminismo transnacional. Encontramos referencias a la cuestión de la voz de las mujeres en los últimos escritos de nuestra autora³².

Este asunto es el verdaderamente peliagudo y consideramos una pena que Nussbaum no haya leído los planteamientos de, por ejemplo, Alisson Jaggar, a los que ya en otras ocasiones nos hemos referido³³. Nussbaum condena las preferencias «primarias» de las mujeres del Sur, adoctrinadas en sistemas patriarcales que no dejarían emerger el deseo de libertad, el deseo de poder tomar sus propias decisiones sin responder a las expectativas sociales. Bien podemos pensar que aquí hay trampa y que las preferencias «primarias» de algunas mujeres occidentales son modeladas igualmente por el capitalismo neoliberal patriarcal, que las considera «racionales» y «deseables». Nussbaum apuesta por la garantía de la libertad de expresión y la protección del pluralismo, pero desprecia la emergencia colectiva de la voz, que necesita la independencia del colectivo oprimido y su organización sociopolítica, apostando por el enfoque del «deseo informado». El individualismo de su modelo le impide apreciar el carácter social no sólo de las «preferencias adaptativas», sino también de la emergencia de la voz, que siempre es un fenómeno colectivo, político, dialógico, y nunca meramente individual. Presionada por las críticas, Nussbaum entra en el terreno de lo intersubjetivo, pero según un canon que obvia toda la reflexión feminista sobre la contestación pública (como, por ejemplo, la propuesta de Nancy Fraser de las «contraesferas» públicas que denuncian el statu quo)³⁴. Veamos la propuesta de Nussbaum:

³² «On Hearing Women's Voices: A reply to Susan Okin», *Philosophy and Public Affairs*, 32, 2, 2004.

³³ Me propongo en el futuro abordar las cuidadas elaboraciones de Jaggar, mucho menos publicitadas que las de Nussbaum, pero para mí mucho más interesantes. Cf. A. Jaggar, «Is Globalization Good for Women?», *Comparative Literature* 53, 4, 2001, pp. 298-314. «Saving Amina: Global Justice for Women and Intercultural Dialogue», *Ethics and International Affairs* 19, 3, 2005, pp. 85-105. «Western Feminism and Global Responsibility», *Feminist Interventions in Ethics and Politics*, Barbara S. Andrew, Jean Keller, and Lisa H. Schwartzman (eds.), Lanham, MD, Rowman and Littlefield, 2005, pp. 185-200. «A Feminist Critique of the Alleged Southern Debt», *Hypatia*, 17, 4, 2002, pp. 119-142. «Vulnerable Women and Neo-liberal Globalization: Debt Burdens Undermine Women's Health in the Global South», *Theoretical Medicine and Bioethics*, 23, 6, 2002. «Challenging Women's Global Inequalities: Some Priorities for Western Philosophers», *Philosophical Topics*, 30, 2, 2002, pp. 229-253. «Arenas of Citizenship: Civil Society, State and the Global Order», *International Feminist Journal of Politics* 7, 1, 2005, pp. 1-24. Para una completa bibliografía de A. Jaggar, cf. <http://www.colorado.edu/philosophy/fac/jaggarcv.html>

³⁴ N. Fraser, «Rethinking the Public Sphere: A Contribution of the Critique of Actually Existing Democracy», en *Social Text*, 25/26, 1990.

¿Cómo permite mi concepción [...] que las voces de los pobres y de la gente desfavorecida sea oída? En primer lugar, socráticamente: el proceso de justificación le pide a cada y a toda persona ponderar los argumentos, en el curso de la búsqueda de esa persona por el equilibrio reflexivo. A causa de su concepción política, la búsqueda podría ser acompañada por el diálogo con otros ciudadanos pares. En segundo lugar, el contenido de la concepción [de las capacidades] protege áreas cruciales del empoderamiento de los desfavorecidos: muchas de las capacidades son prerequisites para que aquellas voces sean oídas [...]. Tercero, y el más importante, las concepciones [de los ciudadanos] se proponen en la arena pública como una buena idea, una probable guía para principios políticos domésticos y quizás para acuerdos internacionales³⁵.

El arranque es individualista: la deliberación queda restringida a un «podría» y sólo en tercer lugar se supone que la esfera pública acogerá las demandas de los pobres y desfavorecidos. El camino es lineal y para nada aparecen los temas de la opresión y el poder que son los que silencian las voces de la gente oprimida. Creo que la contestación de Nussbaum a Okin revela el déficit intersubjetivo, feminista y político de su pensamiento. Leyendo esta cita parecería como si las condiciones democráticas estuvieran garantizadas y todos tuvieran igual acceso a la ciudadanía en su rol de proponer principios públicos. Nussbaum desatiende los resultados de la crítica feminista a ambos conceptos, democracia y ciudadanía, que entre otras cosas han puesto de manifiesto sus limitaciones liberales.

Como ya hemos visto, Susan Moller Okin recrudescer su crítica al señalar que la famosa lista de las capacidades tiene más que ver con la educada y sensible Nussbaum que con las mujeres del Tercer Mundo, que «sólo piden comer y mantener su integridad corporal»³⁶. El minimalismo de la descripción de Okin es insultante desde cualquier punto de vista y reproduce la visión victimista de la mujer del Tercer Mundo, olvidando su capacidad para hacer y desafiar el statu quo. La respuesta de Nussbaum es que las capacidades son la condición necesaria para que emerja la voz de las mujeres y que su lista, como ya decíamos, se puede reinterpretar desde los contextos. Nadie puede negar que poner de manifiesto la materialidad de la que emerge la voz es una cuestión fundamental, descuidada por las versiones apelianas y habermasianas de la ética del discurso, por ejemplo. Apreciamos, por lo tanto, el poner el acento en la necesidad de cubrir la materialidad de unas condiciones de vida mínimas tanto de Okin como de Nussbaum para que emerja la voz. Sin embargo, el iluminismo de sus perspectivas y los déficit críticos ligados a cómo operan las opresiones y los silenciamientos no les permiten ir más allá. Carol Quillen recrimina a Nussbaum, en cambio, la usurpación monológica del punto de vista feminista, prefiriendo a otras autoras que, sin desestimar la tradición liberal, la tamizan con los instrumentos de la teoría crítica, el postestructuralismo y los postcolonialismos, sin por ello abandonarse al relativismo –aunque sí mostrando su apertura a la discusión intercultural y

³⁵ «On Hearing Women's Voices: A reply to Susan Okin», *Philosophy and Public Affairs*, 32, n.2, 2004, p. 199.

³⁶ S. M. Okin, «Poverty, Well-being and Gender: What counts, Who's Heard?», *Philosophy & Public Affairs*, 31, 2003.

sensibilidad a las desigualdades de poder de las diferentes instalaciones sociales y geopolíticas—. La sustantividad de la vida buena no puede arruinar el procedimiento por el que se determinan los contenidos de la voz que reclama. A este respecto, el hacer consciente desde dónde se habla (por ejemplo, desde las posiciones de privilegio), parece una precaución metodológica feminista que no sigue en ningún momento Nussbaum. Las críticas a su arrogancia occidental arrecian.

La valoración de la obra de la incansable Nussbaum dará todavía para mucho³⁷. De mi juicio provisional sólo quiero destacar la falta de ilustración teórica feminista de la que, creo, está aquejado su pensamiento. No obstante, me atrevo a plantear que, en otra dirección, dada la carga crítica almacenada contra el paradigma del desarrollo —sobre todo desde sectores del Sur y desde planteamientos críticos con la globalización neoliberal, y a pesar de la historia de la serie de adjetivaciones (sostenible, humano, centrado en el género, participativo, etc.)³⁸ con las que se pretende otorgarle credibilidad y redirigirlo—, quizás, esta categoría está obturando otras posibles comprensiones de la justicia global como la más clásica de la redistribución replanteada en los últimos tiempos por Nancy Fraser. Si aceptamos como probado el hecho de la interconectividad de la economía global y lo planteamos como dato estructural tenemos que reconocer que gran parte de la clase obrera «global» (cada vez más feminizada) vive en los países del Sur. La ayuda al desarrollo no tiene que ser vista como «ayuda» ni como «caridad» sino como elemento de redistribución de una riqueza generada por la mano de obra del sur y por sus recursos naturales. El embridar democráticamente a la economía global y resituarse al mercado frente a un sector público que ahora necesita redefinirse como global, es el gran reto planteado por la idea de justicia global que motiva a la emergente sociedad civil mundial en la que la coloración violeta, en todos sus tonos, no debe faltar. La hegemonía pretendida del punto de vista de Nussbaum traiciona la vocación democrática y plural de la conversación feminista mundial. Debería aceptar que su propuesta es una más entre otras y no la «única» y la «correcta». Con Nussbaum hemos retrocedido a posiciones anteriores al giro intersubjetivo que sí son un serio obstáculo para albergar la pluralidad.

III. ¿INTERNACIONAL, GLOBAL O TRANSNACIONAL? LA LUCHA POR LA DENOMINACIÓN

Como botón de muestra, voy ahora a volcar la anterior problematización en otro de los capítulos del vivo debate en el seno del feminismo mundial, el que voy a llamar «la lucha por la denominación»³⁹. El feminismo siempre ha tenido,

³⁷ Solamente valorar qué tipo de liberalismo es el suyo es ya una ardua tarea. Cf. L. Barclay, «What kind of liberal is Martha Nussbaum?», *Sats, Nordic Journal of Philosophy*, 4, 2, 2003.

³⁸ No puedo reproducir aquí la discusión sobre las reformulaciones del desarrollo y su contestación crítica desde sectores del Sur Global, el feminismo, los movimientos ecologistas, etc. En la actualidad, trabajo en un proyecto que intenta clarificar esta dura polémica. Una lectura interesante a este respecto es W. Sachs (comp.), *Diccionario del Desarrollo. Una Guía del Conocimiento Como Poder*, Cochabamba, CAI, 1997; o G. Rist, *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Libros de la Catarata, 2000.

³⁹ No he podido por menos que sentirme concernida con las iras desatadas ante la denominación «feminismo global» al haberla yo utilizado con profusión. Cf. M. J. Guerra, «Apostar por el feminismo global», *Leviatán*, 80, 2000.

desde sus orígenes sufragistas, vocación internacionalista. El recordar y reactivar esta seña de identidad parece importante en la actual coyuntura. Pero tal como Moghadam y otras aclaran, internacional no es lo mismo que transnacional⁴⁰. La palabra transnacional se utiliza aquí para referir «un cruce consciente de las fronteras nacionales y una superación de las orientaciones nacionalistas»⁴¹. El proceso de confluencia de las diferentes agendas feministas, centradas las occidentales, al hilo de la segunda ola, en la igualdad legal y al autonomía sexual y las de las mujeres del Sur, en los sesenta y setenta del siglo pasado, en el imperialismo y el subdesarrollo, fue constituyéndose a golpe de cumbre de la ONU (México, Copenhague y finalmente Beijing). Tal confluencia ha dado lugar al proceso de creación y mantenimiento de redes que implica que las organizaciones de mujeres, aun estando enraizadas en lo local y lo nacional, compartan un horizonte común («vocabulario, estrategias y objetivos») por encima de estas fronteras. Se puede hablar de una agenda común más allá de las fronteras nacionales. Beijing, en concreto, sería el punto de cristalización de un feminismo mundializado. Las redes ayudarían a sostenerlo y recrearlo (DAWN, WEDO, WLUM o WIDE son algunas de las que menciona Moghadam). El enfoque hasta aquí es descriptivo y sociológico, y responde políticamente a la necesidad de abordar globalmente la violencia contra las mujeres, fenómenos como las migraciones o el tráfico de mujeres, la feminización de la fuerza de trabajo global y otros asuntos transnacionales.

Encontramos, no obstante, otra acotación específica de transnacional en la literatura y teoría postcolonial en la que las narrativas específicas de desarraigo, desplazamiento y migración rompen con la ficción de la pertenencia nacional⁴². La nación se transfigura en algo ficticio que alimenta la hibridación cultural de la experiencia del inmigrante y que dinamita las categorías estáticas de asignación de pertenencia. La perspectiva de la «subalternidad» y la imposibilidad para hablar, tema escamoteado en Nussbaum, es uno de los desafíos teóricos al feminismo, puesto que éste no sería ajeno a la «violencia epistémica» con la que, como Edward Said mostraba en *Orientalismo*, Occidente ha definido y esencializado a los otros. La pregunta que se repite incesantemente es cómo pueden los feminismos no occidentales salir del cerco de la «heterodesignación colonial». Es curioso, en este contexto, la conexión entre la problemática postcolonial de la emigración —y el alarmismo del cierre de fronteras europeo del momento— y los discursos del desarrollo a los que antes nos referíamos:

La «migración postcolonial» (Spivak) es la condición normal del mundo en este momento. Es lo que Dipesh Chakrabarty podría llamar el «ahora», un tiempo en las relaciones internacionales que rehúsa el mensaje implícito en muchos trabajos sobre el desarrollo: que aquellos que están «allí» deben permanecer y desarrollarse en su mayoría en esos (ficticios) lugares nacionales [...]. Si el desarrollo

⁴⁰ D. Manisha, «Transnationalism: the face of feminist politics post-Beijing», *International Social Science Journal*, 57, 184, 2005, pp. 319-330.

⁴¹ Moghadam, «Transnational Feminist Network», *op. cit.*, p. 60-61.

⁴² Para una revisión exhaustiva del feminismo postcolonial, cf. M. L. Femenias, «El feminismo postcolonial y sus límites», en C. Amorós y A. de Miguel (eds.) *Teoría feminista: de la ilustración a la globalización*, Madrid, Minerva Ediciones, Tomo III, pp. 153-213.

se frena «allí», entonces hagan el ajuste económico correcto, instalen las estructuras de gobernanza adecuadas y sean virtuosamente pacientes con las condiciones temporales del «todavía no»⁴³.

Cuando hablamos de feminismo transnacional no podemos obviar nuestras distintas situaciones en marcos de poder asimétricos en lo económico, cultural o social. La solidaridad feminista tantas veces invocada tiene que afrontar las asimetrías en lo que concierne a la voz, y siempre agazapada aparece la amenaza de que unas se arroguen el poder de decirlo todo. El autoritarismo de visiones sustantivas del bien como las de Nussbaum son contestadas duramente por aquellos que rechazan la denominación de «feminismo global». B. Mendoza formula clara y crudamente este punto. El paradigma del desarrollo es mirado con sospecha, dado que implica una asimetría valorativa de partida entre la «desarrollada» y la «subdesarrollada»:

Los enfoques feministas occidentales sobre el desarrollo nos presentan un interesante caso de feminismo global. Operando dentro del paradigma del desarrollo, que de manera irrefutable atribuye superioridad económica, cultural y política a Occidente, las feministas globales del desarrollo no se dejan desviar por nociones ilusorias de igualdad, equivalencia o solidaridad automática entre las mujeres del Primer y del Tercer Mundo basado en una opresión de género compartida por todas. Por el contrario, los enfoques feministas occidentales al desarrollo descansan en la noción de una «inherente» desigualdad entre las mujeres del Primer Mundo y del Tercer mundo, que produce un feminismo global por el cual las feministas del Primer Mundo están en la posición de salvadoras de sus pobres hermanas del Tercer Mundo. Para asegurar esta posición, ellas se basan, de acuerdo con Mohanty (1991), en una versión homogeneizada de mujeres en la que no existe distinción alguna de clase, raza, etnicidad o sexualidad en los dos lados de la división [...]. La solidaridad feminista global deriva aquí en un proceso orquestado de planeamiento de género concebido, dirigido (e incluso financiado) por las mujeres del Primer Mundo con el objetivo de que las mujeres del Tercer Mundo aprendan a desarrollar las capacidades que no poseen para llevar unas vidas menos explotadas y opresivas. De este modo, el desarrollo deviene el gran igualdador en un mundo dividido entre naciones desarrolladas, en desarrollo y subdesarrolladas. De esta manera, el desarrollo se convierte en la sustancia de la solidaridad feminista global. Las políticas feministas globales también moldean a las feministas de clase media del Tercer Mundo que convalidan los enfoques de género y desarrollo⁴⁴.

El desafío lanzado por Mendoza cuestiona de manera demasiado radical la posibilidad misma de un feminismo mundial, a pesar de que, como ella bien sabe, se trata de un feminismo que es ya una realidad tanto en el ámbito del activismo como en el de la creación y mantenimiento de redes (*networking*). Sin duda, hay otras maneras de acercarse al tema. Por ejemplo, ver cómo se negocian

⁴³ C. Sylvester, «Global Development Dramaturgies/Gender Stallings», *Borderlands*, 2, 2, 2003.

⁴⁴ B. Mendoza, «Transnational feminism in question», *Feminist Theory*, 3, 3, 2002, pp. 295-314.

los significados y prácticas del desarrollo en los ámbitos locales y por parte de las activistas comprometidas con mejorar las condiciones de vida de las mujeres⁴⁵. Mendoza no puede presuponer que todas las activistas estén tan mentalmente colonizadas por el alienante discurso del desarrollo como para no poder negociar, objetar y salvaguardar lo valioso para su propio contexto. No hay visiones puras y, por lo tanto, de la mediación, hibridación y comunicación saldrán compromisos (locales y globales) dispuestos a ser discutidos en la arena del feminismo transnacional. Lo valioso del dictamen de Mendoza es el hecho de llamarnos la atención frente a la imposición cultural y autoritaria de significados. La brecha entre las mujeres del Norte y del Sur debe explicitarse y reconocerse, en la teoría como en la práctica, tanto como otras ligadas a la clase social, la orientación sexual, la etnicidad y la raza, las diferentes culturas, etc. La advertencia sobre el imperialismo económico, político y cultural no debe dejar de ser oída con el fin de establecer las necesarias cautelas al diálogo intercultural feminista⁴⁶, que no debe escatimar las tensiones que son el signo de la auténtica pluralidad.

De la misma manera que en un momento dado se le exigió al feminismo un compromiso antirracista, hoy es el momento de exigirle una toma de conciencia que se oponga a las injustas estructuras económicas globales, y a un imperialismo cultural que en el ámbito del desarrollo se impone, mayoritariamente, como la creación del *homo oeconomicus* al servicio de la producción y el consumo capitalista⁴⁷ frente a otras tradiciones y formas de vida. La presión a extender el mercado global no sólo es geográfica, sino que también incluye la colonización de esferas antes reguladas por otros valores (la educación, la salud, el cuidado de las personas, las economías tradicionales, los bienes ambientales, la propiedad comunal, etc.). Las enseñanzas de la economía feminista para reconocer el trabajo reproductivo de las mujeres —el ecofeminismo, que vincula la insostenibilidad de una economía generizada y depredadora de la naturaleza—, y de la economía ecológica —que resiste el embate de la «externalización» de los bienes ambientales—, son fundamentales para cimentar esta legítima pretensión de compromiso antineoliberal del feminismo. El dicamen es que será imposible la justicia global sin redimensionar la extensión del mercado en la economía mundial oponiéndole un sector público (local, nacional e internacional) que resulta absolutamente necesario para el objetivo de la justicia de género. Caemos en la cuenta de que, en visiones críticas como las de Mendoza se reformulan, en el territorio de las relaciones internacionales, debates de los que ya hemos dado cuenta en los ochenta y en los noventa, planteados por las visiones multiculturalistas y por la teoría postcolonial⁴⁸. Estos debates obedecían a la fase caracterizada por Fraser como de

⁴⁵ Cf. K. K. Bhavnani, J. Foran y P. Kurian (eds.), *Feminist Futures: Reimagining Women, Culture and Development*, Zed Books, 2003. S. Nageeb, N. Siebeking y A. Spiegel, «Engendering Development in Muslim Societies: Actors, Discourses and Networks in Malaysia, Senegal y Sudan», Research Centre in World Society Transnationalization Development, Working Paper, 353, 2005. Se puede consultar en Internet: http://www.unibielefeld.de/sdrc/publications/working_papers/Wp353.pdf

⁴⁶ Jaggar y yo misma.

⁴⁷ M. Mellor, «Women, nature and the social construction of economic man», en *Ecological Economics*, 1997, 20, 2, pp. 129-140.

⁴⁸ M. J. Guerra, *Teoría feminista contemporánea. Una aproximación desde la ética*, Madrid, Ed. Complutense, 2001 y «Apostar por el feminismo global», *Leviatán*, n. 80, 2000.

«política de la identidad»⁴⁹. En el actual contexto las demandas de reconocimiento de las otras diferentes y excluidas están atravesadas por el hecho de la injusticia económica global y de los efectos que la globalización ha tenido y está teniendo sobre las mujeres. Si nos retrotraemos a esas formulaciones encontramos el sentido de la denominación feminismo transnacional que evita, en el atravesar naciones y localizaciones diversas la formulación de un «único» y «correcto» punto de vista feminista definido por una minoría situada en posiciones estratégicas de poder como los centros de poder académico o las burocracias de la ONU. El proyecto de globalización «desde abajo» no se atisba en el iluminismo de Martha Nussbaum. Se habla de una esfera pública mundial «formal», pero se olvida con su planteamiento vertical la emergencia de alternativas y visiones silenciadas desde el Sur y desde los movimientos sociales globalizados frente al neoliberalismo.

Ni el autoritarismo de un solo punto de vista del llamado «feminismo global», a lo Nussbaum, ni tampoco el juicio sumarisimo de Mendoza a toda propuesta venida desde el feminismo occidental son la vías a seguir. La misma Mohanty, a la que Mendoza invoca en su reconsideración del ya clásico «Under Western Eyes», apunta a la necesidad del reconocimiento de un proyecto feminista común que necesita que el feminismo occidental y blanco se reconozca a sí mismo como un conocimiento situado, determinado localmente y con una perspectiva parcial, para después lograr la convergencia con otros feminismos igualmente situados y contextuales. Ella misma recusa la interpretación de su texto como «un testamento sobre la imposibilidad de una producción académica igualitaria, no colonizadora e intercultural», y niega, de paso, el haber opuesto como categorías antitéticas el feminismo occidental y los feminismos del Tercer Mundo. El punto a resaltar en su alegato es compartido por la teoría feminista como teoría crítica comprometida con la denuncia de una universalidad traicionada por la apropiación de unos pocos: ya sean hombres, blancos o mujeres occidentales según el caso que estudiemos. La discusión sobre la posible violencia encarnada en el universal vuelve a la carga en esta nueva fase de reproblematicación feminista transnacional en coordenadas globales, en la que la novedad reside en los tres factores ya aludidos: primero, el protagonismo de las fuerzas económicas globales que, a nuestro entender, fuerza el explícito compromiso antineoliberal del feminismo; segundo, el unilateralismo estadounidense y británico traducido en militarización que utiliza retóricamente el legado de la ilustración para el dominio político y económico, azuzando el antioccidentalismo en el Tercer Mundo con la peregrina idea de «imponer» la democracia con bombas. En este sentido, la reflexión feminista sobre la paz, el terrorismo, la tortura, los refugiados, y la misma igualdad y libertad de las mujeres frente a la imposición de modelos coercitivos de vida se vuelven prioritarios. La ola conservadora de *revival* fundamentalista que se dirige directamente en Occidente y Oriente contra los derechos de las mujeres exige, como Elina Vuola ha propuesto, una revisión del legado patriarcal de las distintas religiones. La producción de un feminismo mundial requiere abordar estos asuntos, pero cuenta en su haber con algo más que proyectos futuros: la labor de creación de redes transnacionales con presencia

⁴⁹ N. Fraser, «Mapping the Feminist Imagination: Form Redistribution to Recognition to Representation», *Constellations*, vol. 12, n. 3, 2005.

en la opinión pública mundial ha sido decisiva para obligar, tras Beijing, a muchos gobiernos y a algunas corporaciones multinacionales a adoptar medidas más justas e igualitarias para las mujeres.

Nos quedan en el tintero muchos asuntos, como reconstruir las discusiones sobre los derechos de las mujeres y el universalismo en el nuevo contexto global, apreciar las discusiones suscitadas por los diversos feminismos en sus localizaciones (África, Asia, el mundo árabe, Latinoamérica, etc.). El arbitrar la inclusión del feminismo islámico en el feminismo transnacional es uno de los grandes motivos de preocupación actuales. Las localizaciones concretas no pueden ni deben ser anuladas por la abstracción deslocalizadora de la maquinaria globalizadora y su imperialismo cultural mercantilista. La tarea recontextualizadora del feminismo en las actuales condiciones globales a la que nos animaba Fraser visibiliza nuevos temas sensibles⁵⁰ y resitúa viejos temas de la teoría feminista en su anhelo de servir a la práctica de la justicia social y la inclusión democrática en un tercer milenio con perspectivas nada halagüeñas para las mujeres.

⁵⁰ N. Fraser, «Re-framing Justice in a Globalizing World», *Anales de la Cátedra Francisco de Suárez*, pp. 85-100.